

EN LA QUIJADA DE UN LEÓN

Cierta vez un sudafricano fue a cazar, acompañado de otros nativos. Al llegar a una extensa planicie, donde la caza era abundante, encontraron varios leones que se alborotaron con la llegada de los cazadores. Los nativos estaban montados en caballos.

Inmediatamente un enorme león se separó de su bando y caminó lentamente en dirección al grupo de nativos.

Mientras el animal estaba todavía a la distancia, los hombres se apearon con el fin de prepararse para tirar y, conforme a su costumbre, comenzaron a atar los caballos unos a los otros, por las riendas, con la idea de dejarlos entre ellos y el león, para atraer la atención de la fiera hasta que fijaran bien la puntería.

Pero el león fue más astuto que ellos. Antes que los caballos estuvieran debidamente atados, el monstruo dio un tremendo salto y se lanzó de repente sobre la parte de atrás de uno de ellos.

Terriblemente asustado, el caballo disparó, derribando al nativo que tenía las riendas. Su compañero huyó, y el pobre se levantó tan rápido como pudo con el fin de huir también. Pero no había acabado de ponerse de pie cuando la fiera extendió la pata y, agarrando al hombre por detrás, en el cuello, lo derribó nuevamente.

El hombre cayó de espaldas, y el león de inmediato puso sus patas sobre el pecho de la víctima y se agachó sobre él. El pobre nativo, de tanto miedo y también debido a la terrible presión del animal, casi perdió el aliento. Hizo un esfuerzo para moverse un poquito de lado, para poder respirar. El león, percibiendo el movimiento, agarró el brazo izquierdo del hombre, a la altura del codo, y asegurándolo con sus dientes, quedó divirtiéndose por algún tiempo, mordiénolo en varios lugares, desde el codo hasta la mano.

Hasta entonces el temible animal no parecía estar irritado.

Simplemente quiso agarrar al hombre para divertirse, como un gato hace con un ratón que no está realmente muerto. Por eso no le quebró ningún hueso, como hubiera sido sí el animal hubiese estado hambriento o herido.

Mientras el pobre hombre estaba allí, retorciéndose de agonía, intentando respirar y esperando ser despedazado, miembro por miembro, gritó pidiendo socorro a los compañeros, pero en vano.

Al levantar un poco la cabeza, el león abrió la boca para devorarla, pero, providencialmente, el sombrero del hombre cayó de la cabeza, asustando al animal, y así las puntas de sus terribles dientes apenas arañaron el cuero cabelludo.

El león colocó una pata sobre el brazo mordido, del cual manaba abundante sangre. Pronto la pata quedó cubierta de sangre, y el león la lamió repetidamente, para limpiarla. Entonces, fijó los centelleantes ojos en los ojos del hombre, olfateó un lado y el otro de su rostro y, habiendo probado sangre, pareció dispuesto a devorar a su víctima.

"En aquel exacto momento", dijo el hombre más tarde, al relatar su experiencia a un misionero, "recordé haber oído decir que hay un Dios en el cielo que puede socorrer en los momentos extremos.

Entonces comencé a implorar que el Señor me salvara, no permitiendo que el león bebiera mi sangre y devorara mi carne".

Mientras oraba, el león se dio vuelta completamente, y el hombre hizo un esfuerzo para salir de debajo de él. Como un relámpago, la fiera clavó los dientes en la pierna del hombre y lo aseguró. La herida era muy profunda y le dolía terriblemente.

De nuevo el africano clamó a Dios por socorro. En un momento, el animal soltó a su víctima, caminó algunos metros y fue a acostarse en el césped, como queriendo vigilar al hombre. Aliviado de su carga, el africano intentó sentarse, pero su movimiento llamó la atención del león, que felizmente no lo atacó como esperó aquel pobre hombre. El temible animal se levantó y se fue, sin ser visto nunca más.

El hombre se apoderó de su arma y fue detrás de sus aterrorizados compañeros, que ya lo juzgaban muerto. Ya casi totalmente exhausto debido a la pérdida de sangre, lo colocaron sobre su caballo y lo llevaron tan rápidamente como fue posible al misionero.

Como pueden imaginar, cuando el misionero relató esta experiencia los oyentes quedaron profundamente impresionados y muchos de ellos entregaron el corazón al Dios que es capaz de ayudar en los momentos difíciles.